

Regina O'Melveny

EL LIBRO DE LOS
REMEDIOS
DEL
CORAZÓN

Título original: *The Book of Madness and Cures*
This edition published by arrangement with Little, Brown, and Company,
New York, USA. All rights reserved.

Primera edición: 2013

© Regina O'Melveny, 2012
© de la traducción: Valentina Reyes, 2013
© de esta edición: Bóveda, 2013
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-15497-48-6
Depósito legal: SE-1333-2013
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para Bill y Adrienne

ÍNDICE

Mapa: El viaje de Gabriella	12
PRÓLOGO	15
CAPÍTULO 1. Obra de Dios o maquinaciones del diablo	19
CAPÍTULO 2. Salado y dulce, lágrimas y miel	33
CAPÍTULO 3. La casa del doctor Cardano	59
CAPÍTULO 4. Una traba	79
CAPÍTULO 5. Hay que tratar bien a las bestias	99
CAPÍTULO 6. Ante el mar de bosque negro	117
CAPÍTULO 7. La Viuda Gudrun	125
CAPÍTULO 8. Fuegos que no queman	141
CAPÍTULO 9. El doctor Rainer Fuchs, catedrático de Botánica ...	171
CAPÍTULO 10. Cuando la raíz está en la casa, el diablo no hace ningún daño	197
CAPÍTULO 11. Manifestaciones de la locura solar	205
CAPÍTULO 12. Perder gobernanza de la unidad	221
CAPÍTULO 13. Lo que se perdió se devolvía	231
CAPÍTULO 14. El paciente posee el remedio	269
CAPÍTULO 15. La curva que se pierde entre la niebla	277

CAPÍTULO 16. Dejar paso a lo nuevo	309
CAPÍTULO 17. Que se destierre el pesar	323
CAPÍTULO 18. La savia que hace más lento el mundo	337
CAPÍTULO 19. Las montañas están llenas de criaturas maravillosas	353
CAPÍTULO 20. Lo semejante se cura con lo semejante.....	371
CAPÍTULO 21. Una frontera entre continentes.....	389
CAPÍTULO 22. La guardiana de mi padre.....	399
CAPÍTULO 23. Nos alberga el pasado	415
CAPÍTULO 24. La cuenca de los muertos.....	433
CAPÍTULO 25. Una secreta armonía.....	443
CAPÍTULO 26. Hazle la entrada ancha.....	449
CAPÍTULO 27. Coser cielo con montaña.....	453
EPÍLOGO: Trenzar las mareas	455
AGRADECIMIENTOS	461

*Nullaque iam tellus,
nullus mihi permanet aer;
incola ceu nusquam
sic sum peregrinus ubique.*

Ya no me queda tierra,
ya ni el aire me queda;
como el que no habita en ningún sitio,
soy peregrino en todas partes.

Petrarca

*Le aque sta via ani e mesi, e po' le
torna ai so paesi.*

Las aguas se van meses y años
y luego vuelven donde antaño.

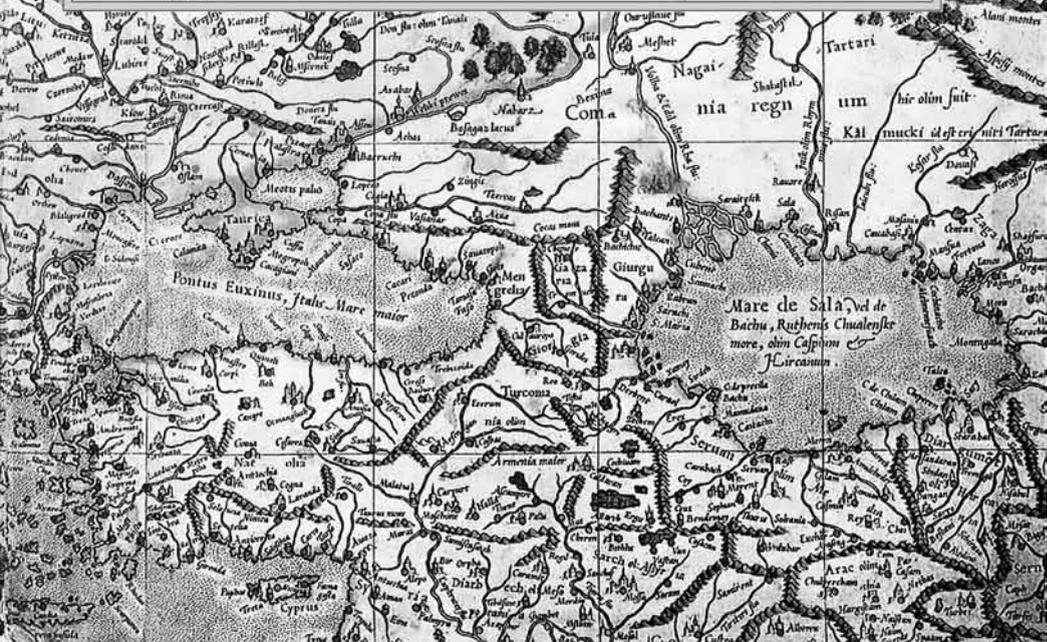
Proverbio veneciano del siglo XVI

Quien hiera, también cura.

Atribuido al oráculo de Apolo



EL VIAJE DE GABRIELLA



PRÓLOGO

NO SÉ DÓNDE EMPIEZA NI DÓNDE TERMINA MI cuerpo —dijo la muchacha de Imizmiza. Su madre me había llamado a mí, la única médica que había en centenares de millas, para que atendiese a su hija de doce años que sufría las graves consecuencias de una confusión corpórea. La muchacha estaba sentada ante una mesa de cedro, cerca de una estrecha ventana, en la casa de tierra roja. A través de un velo oscuro que se movía al compás de sus palabras, me dijo que sentía el mismo miedo a estar atrapada que el caballo trabado en el campo; el aliento visible del animal latía en el frío aire al tensar la cuerda, mientras el mozo de cuadra se acercaba con la almohaza en la mano. Me dijo: «El hombre que limpia el caballo pasándole cinco cepillos distintos en estricto orden de sucesión, el hombre con la cabeza como el nudo que hay al final de una cuerda, es más pequeño que mi pulgar...». Y de pronto, sorprendiéndome, se rio.

Antes de que yo pudiera descifrar esto, su madre se acercó a nosotras y la reprendió, diciendo:

—Vamos, Lalla, ponte la falda de montar. Hoy vas a sacar el caballo.

La niña clavó la mirada en la mesa de tablas; su brazo izquierdo estaba en el sentido de la veta, mientras el derecho descansaba doblado en perpendicular. Susurró:

—Estoy demasiado pesada hoy, no puedo moverme. Y aunque hizo un esfuerzo, siguió inmóvil.

Cuando puse mi mano sobre la madera con suavidad, como si tocase la cabeza cubierta de pelusa de un recién nacido, ella suspiró y cerró los ojos. Cuando quité la mano, lo notó enseguida. Intenté levantarle los brazos de la mesa, pero estaba rígida. Más tarde, llevada por algún impulso interno, se apartó sola y deambuló como si estuviese en trance, hasta que al fin su madre la dirigió hacia su amado caballo o hacia la cama para que durmiese la siesta.

Dondequiera que Lalla se detuviera, se convertía en parte de lo que tocaba. Si cabalgaba su estrábico y resoplante animal, sudaba como un caballo. La espuma se le acumulaba en los labios y en el cuello. Cuando dormía, se pasaba días sin despertar, pues la propia cama era su cuerpo inmóvil. Las comidas eran lo más difícil. Rechazaba todo alimento que tocase, confesando así el horror a comerse su propia carne. Aunque su madre la alimentaba como a un bebé con una cucharita de madera, cada vez estaba más delgada.

Por fin sugerí una cura lenta. Necesitaba la ayuda de su madre y de su tía, aunque la tía, una mujer fornida y colérica, insistió, obstinada, en que Lalla no tenía necesidad de que la curasen; desde luego (y, con mirada de odio,

me escudriñó la cara y el vestido), no tenía necesidad de que la curase una extranjera. La niña poseía un cuerpo clarividente, nada más, añadió, desafiándome.

—No debemos quitarle el talento a la niña.

—¡La niña no está al mando de su propia vida! Es preciso mantenerse apartado para conocer de veras al otro —contesté yo.

La madre de Lalla, morena y menuda, que también llevaba un velo, preguntó:

—¿Podrá casarse y tener hijos?

—No lo sé —reconocí.

La cura consistía en palabras. Le aconsejé a su madre que le nombrase la mano, que le nombrase la rueca que había encima de la mesa y hasta la propia mesa. Cuando iba a verla, yo le preguntaba a Lalla:

—¿Dónde está tu brazo, tu mano, tu cadera?

A veces ella respondía y señalaba aquella parte de su cuerpo. Otros días me miraba con una especie de pánico, como si no comprendiera mi pregunta y temiese horribles castigos por ello. Yo le tocaba la mano y después su madre o su tía repetían cómo se decía *mano*, para tranquilizarla. Poco a poco fue respondiendo cada vez con más movimiento hasta que su capacidad para soltarse de cuanto la rodeaba se vio acompañada de una especie de lastimero júbilo. Pues la separación suponía que ella había cambiado y que lo desconocido avanzaba en tropel a su encuentro.

Desde entonces he llegado a creer que el mundo lo pueblan multitudes de mujeres sentadas ante las ventanas, in-

separables de su entorno. Yo misma pasé muchas horas ante una ventana en el Zattere, esperando la vuelta de mi padre, esperando a que mi vida apareciese como uno de aquellos grandes navíos que llegaban al puerto, las anchas velas llenas del viento de la providencia. No sabía entonces que durante aquellas horas fugitivas, bajo la influencia de la húmeda luna, yo ya estaba trazando mi futuro en busca del pasado. Me había vuelto transparente como aquel vidrio a través del cual miraba; peligrosamente invisible hasta para mí misma. Fue entonces cuando supe que debía poner en marcha mi vida porque, si no, yo desaparecería.

Capítulo 1

OBRA DE DIOS O MAQUINACIONES DEL DIABLO

Venecia, 1590

POR LAS MARCAS Y CARACTERES EXTRANJEROS QUE, EN distintas caligrafías e idiomas, aparecían escritos sobre la hoja de papel que la adjuntaba, comprendí que aquella carta de mi padre había viajado, como un comunicado perdido, por muchas de las ciudades de su itinerario. Hacía casi un año que no sabía nada de él; en total, llevaba ausente desde agosto de 1580. Olmina, en tiempos mi nodriza y ahora mi sirvienta, había dejado la carta con suavidad sobre mi escritorio aquella sofocante tarde de julio. Igual podría haber soltado una víbora, que no avisa antes de atacar.

—Si mi madre lee esto, contenga lo que contenga, sabes que lo tergiversará hasta convertirlo en una ofensa —le advertí.

Nerviosa, con la carta cerrada me daba golpecitos en la palma de la mano.

Estábamos en mi cuarto, con los postigos cerrados; las mareas veraniegas se derramaban, ruidosas, sobre las piedras de debajo de mi ventana, y el cálido hedor a agua de mar cortaba el aire.

Pobre *mamma*. Siempre le había parecido que el mundo estaba contra ella. No se podía confiar en la felicidad. Y sin embargo, pensé distraída, tampoco se podía confiar en el pesar. ¿No venía cada uno de ellos combinado con el otro? A veces nuestra Venecia brillaba, una milagrosa ciudad en el mar de verano, y después, durante el *acqua alta* invernal, se sumía en una triste fachada. Luego las inundaciones engendraban la primavera. Algún día tal vez se sumergiese toda, una oscura sirena cuyos ojos de farol se hubieran apagado. Con todo, acaso otros viesan belleza allá donde nosotros caminábamos por aquel lugar convertido en agua.

—No os preocupéis, *signorina* Gabriella.

Olmina se puso el dedo índice junto a su ancha nariz de campesina, señal de que sabía guardar un secreto. Sus pálidos ojos azules centelleaban en la penumbra, si bien yo había visto aquellos mismos ojos vivaces volverse mates como una pizarra cuando la interrogaba mi fastidiosa madre.

—No creo que en estos diez años lo haya echado de menos siquiera.

—Ay, *signorina*. Ella parece anhelar el papel de viuda...

—Muy cierto, querida Olmina, pero ni siquiera en eso tiene éxito. Tendría que renunciar a sus lujos y perifollos.

Aunque a menudo yo percibía una triste inutilidad bajo sus frivolidades; acaso hubiera más cosas en su interior de las que yo conocía. Con frecuencia veía cruzar por su rostro la sombra de un temor sin motivo. Si fuese viuda

podría lucirlo de modo más abierto, aunque el origen siguiera estando poco claro.

—Bueno, si no os importa... —Olmina enrolló las manos en su saya de lino mientras asentía; el canoso cabello le salía bajo el claro pañuelo, soltándose—. Tengo una pila de platos por lavar en la trascocina, y cuando llegue al final me espera la siesta, que es el lujo mío.

Dejó ver una amplia sonrisa y luego bajó renqueando la escalera; su baja e imponente figura aún se conservaba fuerte en la madurez.

Mientras miraba fijamente la carta sin abrir, pensé en las maneras en que se había encogido mi vida desde que mi padre partiese, hacía diez años. Yo ya no soñaba con muchas cosas, ni con viajar a países lejanos, ni siquiera con la excepcional (aunque siempre menguante) libertad que reivindicaba como médica. Como decimos en Venecia, el mundo acude a nosotros a pedir favor, y me consolaba con eso. Sin embargo aún me parecía ver los ojos castaño-cenicientos de mi padre, bondadosos aunque distantes, y sus túnicas de un negro azabache y carmín; y, al tiempo que sostenía su carta en la mano, una vocecilla que hacía mucho que callaba dentro de mí, habló. «Déjame acompañarte, *papà*. Llévame contigo».

Su carta anterior había llegado un año antes, desde Escocia; en ella expresaba la vaga intención de viajar todavía más al norte para hacerse con el cuerno en polvo del pez unicornio, cura contra el letargo. O quizá hacia el sur, hasta el tórrido clima de Mauritania o Berbería, donde acaso encontrara la rara piedra bezoar que acoge toda tristeza en su densidad y presta al padecimiento lunático su

sensatez. Igual que con la llegada de sus cartas en todos aquellos años, yo me había maravillado de estas curas, de la riqueza que su arca de las medicinas debía de contener ya..., y había deseado intensamente verlas por mí misma, adquirirlas para la mía. Pero sus palabras ocultaban algo que yo no sabía muy bien nombrar, aunque se deslizaban como suspiros bajo mi aliento. Palabras como *letargo*, *bezozar*, *tristeza*.

Rompí el rojo sello de lacre de la carta; era evidente que ya lo habían abierto varias veces: el escudo de los Mondini estaba arrancado y luego vuelto a pegar. Debajo de él distinguí el emborronado nombre de *Tubinga*, aunque no escrito con letra de mi padre. ¿Era la ciudad de origen o la carta se había remitido o devuelto allí por error? ¿Cuántos desconocidos la habrían leído? ¿Buscando pruebas de herejía? Se llevaron una decepción, seguramente. Cuando la sacudí sobre mi mesa para ver su contenido, se desdobló una sola hoja de papel color hueso. Faltaban las acostumbradas cortesías de mi padre, y su irregular caligrafía parecía forzada.

Gabriella:

Tal vez me hayas denunciado o me hayas dado por muerto. Puedo justificar lo que ha ocurrido tanto como explicar la fricción que sustenta las armoniosas rotaciones de las esferas. Sería demasiado sencillo decir «obra de Dios o maquinaciones del diablo». No voy a volver, y será mejor para ti. Ahora prefiero del todo mi propia compañía a la de los otros. Los días confunden mi voluntad y sin embargo me he convertido en

*un perpetuo viajero. No te culpes, como sueles hacer.
Sobre todo no mandes que me busquen.*

*Diciembre
Tu padre, E. B. Mondini*

Solté el aliento despacio.

Después un calor subió dentro de mí. Aunque mi cuarto azul, iluminado por la verde ventana de tablillas, proporcionaba un refugio más fresco que casi todas las demás habitaciones de nuestra villa situada sobre el canal, me sentí arder bajo el agua.

Al cabo de un rato, cuando doblaba la misiva, me llegó un débil olorcillo a aceite de rosas, el perfume favorito de mi madre. ¿Habría leído ya las palabras de mi padre, o aquel aceite esencial habría viajado todo el camino desde Mauritania?

Me puse de pie, me saqué del corpiño una cadena que sujetaba una llave, tibia de mi cuerpo, y fui hasta el pie de mi cama. El *cassone* (en tiempos destinado a mi ajuar) ahora ocultaba los paquetes de cartas de mi padre y solo se abría con esa llave. La hice girar y el pestillo se descorrió de golpe. Las cartas estaban dispuestas por orden de llegada y no de creación, pues desde hacía algún tiempo no sabía cuándo las habría escrito. Las fechas exactas ya no aparecían en las últimas cartas. Habían llegado seguidas, pero parecían proceder de ciudades tan distantes entre sí como Almodóvar y Edimburgo. ¿Se habría olvidado, sencillamente, de apuntar la fecha? A veces el día y el mes constaban, pero no el año. A veces solo escribía: «In-

vierno». Y como las cartas se habían confiado a distintos correos, desde los mensajeros de los príncipes de Thurn und Taxis a mercaderes ambulantes, peregrinos y médicos que habían emprendido viajes de estudios, las fechas de llegada eran inútiles a la hora de determinar su paradero en aquel momento. Sus palabras describían un meandro a través de Europa que, por último (hasta aquel día), se había desvanecido en el silencio. Mi padre se había convertido en una voz fuera del tiempo.

Unas rápidas pisadas envueltas en un susurrante frufrú ante mi puerta entreabierta me alertaron de la presencia de mi madre. Cerré de golpe el *cassone*, me apresuré a echar la llave y volví a metérmela a tientas dentro de la camisa.

Mi regordeta madre entró algo desaliñada, con su bata de levantar color violeta forrada de rojo ondeando sobre los hombros y sus largas y puntiagudas zapatillas desastradas, aunque acuchilladas a la moda, con muchos pequeños cortes que dejaban ver el azul bajo el cuero morado. Se acercó hasta ponerse junto a mí, al tiempo que clavaba sus verdes ojos en los míos con gesto inquieto.

—¿Y bien? ¿Qué decía?

Su pelo rubio (de un horrorizado blanco en las raíces) le caía sobre la cara.

Yo di un paso atrás.

—¿De qué me hablas?

—El mensajero le dejó una carta a Olmina. —Agitó las manecitas—. La seguí y me quedé a la puerta del cuarto escuchando una conversación hartamente encantadora.

«Por el amor de la Virgen...».

—Soy una mujer de treinta años; una médico que merece algo de intimidad y respeto.

Hablé con calma pero cerré los puños junto a los costados. Aunque acostumbrada a la irritabilidad de mi madre, también sentía unas esquivas de pánico clavadas bajo sus palabras. Ella no quería que la hiciesen a un lado. A veces se me olvidaba que mi padre nos había dejado a las dos.

—Bueno, ¿y qué dice? ¿Va a volver a casa ese disoluto marido mío?

Iba poniéndose más estridente.

—No —contesté—. En realidad, por lo visto, no va a regresar nunca.

Ella alzó una mano como si fuese a pegarme... ¿O era para protegerse? Después la dejó caer al costado. Por un instante su abatimiento me conmovió. Mi madre, que siempre se había alzado amenazadora, se encogía hasta parecer una niña preocupada.

Nos miramos fijamente.

En el descansillo, detrás de ella, apareció Olmina, con las manos aún chorreando agua de lavar los platos (pues había subido corriendo a mi cuarto tan pronto como oyó el alboroto). Meneó la cabeza.

—Vamos, *signora* Alessandra —dijo en un murmullo para tranquilizar a mi madre.

Le rozó el codo, pero mi madre retrocedió, gritando: «¡Tienes las manos mojadas!», al tiempo que pasaba por su lado dándole un empujón; luego descendió por la escalera con revuelo.

—Vivimos sobre el agua —comenté una vez se hubo ido— y le teme a una gota.

—Huy, ya sabemos que no es solo el agua. —Olmína se encogió de hombros—. No soporta el roce de la marea, ningún asomo de cambio, ya sabéis. Cuando se han conocido demasiadas cosas pronto, cualquier cambio es una amenaza.

Asentí, recordando la rauda podredumbre y muerte de su padre a causa de la peste de 1575. Aunque yo era una jovencita de quince años, no me dejaron despedirme de mi abuelo. Mi padre y mi madre no quisieron que lo viese tan desfigurado (se permitía mirar a un paciente, pero no a los familiares), y así, de forma extraña, en mi memoria él seguía estando bien y luego desaparecía. Pero mi madre había presenciado su final y, por alguna razón, aún la afectaba. Ni siquiera hablábamos de ello.

Olmína añadió:

—Perdonadme, *signorina*. No creí que vuestra madre me hubiera visto cuando llegó el mensajero.

Ahora se secó las manos con energía en la manchada saya color castaño que llevaba terciada y sujeta en la cintura.

—No es culpa tuya —respondí—. Olmína, ¿te acuerdas del *signor* Venerio lo Grato? Pasó cincuenta y un años casado con la misma mujer. Me figuro que deseaba limar con su amabilidad la desconfianza de ella, aunque nunca parecía ser suficiente. Y un día dio su lento paseo por el canal y, cuando volvió, se quedó al pie de la escalera gritando: «*Finito! Finito!* Estoy agotado... ¿comprendes?». Y la dejó. Dicen que a partir de entonces volvió a caminar con brío.

Olmína sonrió y repuso:

—Sí... Y entonces la amargada de su esposa, que siempre estaba fastidiando, tuvo algo por lo que estar amargada. He oído decir que él se fue a vivir solo a una de las islas de fuera. *Mmm*, era un joven tan guapo, con aquellas magníficas pantorrillas y aquellos muslos... —Se acercó a abrazarme—. No hagáis caso de sus arrebatos. Vuestra madre se pasa el día graznando igual que los cuervos, como le gusta decir a Lorenzo.

Lorenzo era el marido de Olmina, un hombre que por lo general no hacía partícipe a nadie de tales comentarios. Me reí un poco de su simpleza. Ojalá fuese tan sencillo.

Cuando más tarde Olmina hizo pasar al caballero del Gremio de Médicos a nuestro patio, yo acababa de despertar con las campanadas del atardecer rebotando de acá para allá por toda Venecia. Un campanario lanzó un estruendo metálico, luego empezó otro, ligeramente desentonado, y otros fueron detrás hasta que un resonante alboroto sacudió el aire y con su repicar me disipó el aturdimiento de la siesta. Mi libro de poemas de Veronica Franco estaba abierto a mi lado, por el pasaje:

*Que no en fuerza del cuerpo virtud posa,
sino en vigor del alma, y en la mente
por la que conocemos toda cosa.*

Me incorporé en el banco donde había estado sesteando y aparté las ramas bajas del granado. Allí estaba el doctor Orazio di Zironi. Su prominente panza era una pública declaración de riqueza. Me fijé en su túnica negra, en las

cadena de oro y plata y en su blancuzca mano cargada de anillos. Rápidamente volví a recogerme el pelo dentro de la redecilla de la que se había soltado, aunque, con todo, debía de parecer desastrada. Por el rabillo del ojo vi a mi madre sentada a la sombra de la pared, abanicándose por encima de las hojas de ruda, delicadas como el encaje.

—Ah, está vuestra merced ahí, *signorina* Mondini.

Me saludó con una leve reverencia; su redonda cara, una hogaza mal amasada.

—Venga vuestra merced a sentarse aquí, querido doctor. Olmina nos traerá agua de limón —dijo mi madre—. Puedes acompañarnos, Gabriella.

—Gracias, *signora*. Muy amable, pero tengo asuntos que tratar con su hija, un comunicado del Gremio de Médicos. Luego, lamento decir que he de marcharme.

Mi madre cerró el abanico de golpe.

Me levanté y miré a los ojos al médico.

—¿Y qué es lo que desean decirme esos buenos doctores?

—Estimada *signorina*...

—Puede vuestra merced llamarme *Dottoressa* Mondini.

—No esperará vuestra merced que haga eso, querida. El tratamiento le pertenece a su padre.

—Ah. —Empezaba a sospechar por qué habían enviado al *Dottor* Zirondí en lugar de a mi amigo el *Dottor* Camazarin—. Percibo el hedor de una intriga...

—¡Gabriella! ¡Yo no te he enseñado a mostrar tal falta de cortesía! —exclamó mi madre, que se adelantó

para rozarle la manga—. Haga vuestra merced el favor de disculparla, *Dottor Zironi*.

El hombre suspiró y entornó los ojos. Su mirada revoloteaba, indecisa, entre las dos, tratando de discernir qué antigua rivalidad habría interrumpido. Luego prosiguió.

—Puesto que ha pasado un decenio desde que el padre de vuestra merced partiera de esta serena ciudad, y en particular ahora que hace dos años que nadie ha oído hablar de él..., el gremio..., el Consejo del Gremio de Médicos ya no puede mantener la pertenencia de vuestra merced sin la tutela de su padre. Hemos dejado pasar esto demasiado tiempo. Las médicas, como bien sabe vuestra merced, no están permitidas. Lo lamento. El gremio lo lamenta. Pero es por orden del Consejo.

Me hizo una pequeña e imperiosa reverencia, saludó a mi madre con una sumisa inclinación de cabeza, pidió permiso y se dispuso a marcharse.

—¡Espere vuestra merced! —exclamé—. ¿Y qué pasará con las mujeres, mis pacientes?

Me miró con frialdad.

—Las mujeres serán cuidadas, *signorina*. ¿Ha olvidado vuestra merced los muchos y excelentes médicos que tenemos aquí en Venecia?

Aunque, desde que mi padre se marchó, el gremio había restringido mi ejercicio médico a las mujeres y luego me había prohibido asistir a sus reuniones, yo no creía que fuese a expulsarme del todo. Pensé en la joven cortesana embarazada de cinco meses y que manchaba sangre (¿quién la atendería durante su preñez sin despreciarla por su pro-

fesión..., como se sabía que hacían algunos médicos?), o en la vieja que padecía catarro crónico y además tenía un marido borrachín que se negaba a pagarle las hierbas... Intenté no alterar la voz, mantener la calma.

—Pero son hombres. Y la mayoría de las mujeres prefieren a una mujer. Sin duda, señor, vuestra merced desearía que a su esposa la cuidase una mujer en vez de un fisgón, por muy profesional que fuese, ¿verdad?

Zirondi dio un suspiro.

—Mi esposa goza de excelente salud y, dado el caso, yo mismo la cuidaría.

—¿Y las mujeres que no tienen a un médico por marido, y a quienes a veces... —me callé un instante— se examina en demasía, ya me entiende vuestra merced?

Me lanzó una mirada de desdén.

—*Signorina*, vuestra merced insulta a mis colegas. No pienso escuchar estas insidias. Deseo a las dos un buen día.

Y, dicho esto, salió del patio con prontitud.

Al cabo de un instante mi madre se volvió a mirarme, furiosa.

—¿Ves? —dijo en voz baja, al tiempo que abría de golpe su abanico—. Todo esto es el resultado de tu insolencia.

No soportaba mirarla; de lo contrario, seguro que le diría algo de lo que me arrepentiría luego, y que no haría sino agravar nuestro antiguo desacuerdo sobre mi decisión de trabajar como médico. ¡Cómo le encantaba a mi madre el sabor de la pelea! Pero yo no tenía el menor deseo de alimentar su ira. En vez de eso entré con paso aira-

do en la cocina y encontré a Olmina ante la mesa, cortando una cebolla. Soltó el cuchillo cuando me vio la cara.

—Ven a pasear conmigo —le dije.

Rápidamente se echó un chal sobre los hombros y me tomó del brazo. Pasamos por delante de mi madre, que seguía abanicándose en el patio, y salimos de la casa para pasearnos de un lado para otro por las resbaladizas piedras, manchadas por el agua, al borde del mar, hasta que la noche nos obligó a meternos en la casa. Cuando por fin regresé a mi cuarto, volví a leer varias veces la carta de mi padre. «No», quise decirle, «no será lo mejor para mí si no vuelves. Perderé mi vocación. Y tampoco será lo mejor para ti». Pues yo notaba en sus palabras que algo no andaba bien. «Los días confunden mi voluntad y sin embargo me he convertido en un perpetuo viajero... Sobre todo no mandes que me busquen». Apenas parecía que fuese mi padre quien hablaba.

«No mandaré que te busquen, padre», decidí aquella noche. «Iré yo misma».